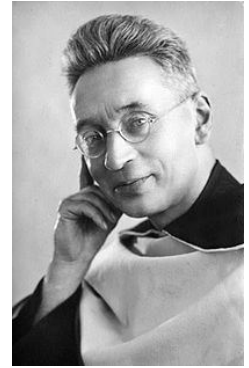


Titus Brandsma

Nació en la ciudad frisia de Bolsward (Holanda) en 1881, y entró de joven en la Orden de los Carmelitas. Fue ordenado sacerdote en 1905. Realizó estudios de especialización en Roma, donde obtuvo el grado de doctor en filosofía en la Universidad Pontificia Gregoriana. Vuelto a su patria, enseñó en varios liceos holandeses y fue profesor de filosofía e historia de la mística en la Universidad Católica de Nimega, de la cual fue Rector Magnífico. Periodista y publicista, en 1935 fue nombrado consultor eclesiástico de los periodistas católicos. Fue conocido por su disponibilidad para todos y en todo.



Antes y durante la ocupación nazi de Holanda luchó, con fuerza y con fidelidad al Evangelio, contra la propagación de la ideología nacionalsocialista y defendió la libertad de la escuela y de la prensa católica. Por esto fue arrestado. Comenzaba así su calvario de sufrimientos y humillaciones, mientras infundía serenidad y daba consuelo a los otros deportados y los ayudaba en sus sufrimientos. En medio de tan atroces tormentos, sabía comunicar el bien, el amor y la paz. Después de pasar por varias cárceles y campos, al final fue internado en Dachau, donde el 26 de julio de 1942 fue asesinado. Ha sido proclamado beato mártir por Juan Pablo II el 3 de noviembre de 1985.

UN "PADRE" FUERTE Y MISERICORDIOSO

Beato Tito Brandsma

Es para todos conocida la parábola del Padre misericordioso que recibe al hijo pródigo, miles de veces relatada e interpretada en la historia cristiana. Aquí queremos dar un ejemplo que sucedió históricamente, en el cual tal paternidad es acogida en el acto de una misericordiosa "regeneración" de la creatura perdida, que se convierte justamente mientras mata a aquel que lo regenera. Es la historia desconcertante del padre Tito Brandsma (1881-1942), carmelita holandés, deportado y asesinado por los Nazis en el campo de Dachau. Tenía entonces 59 años; era profesor de Filosofía y de "Historia de la Mística" en la Universidad Católica de Nimega, de la cual fue también Rector. Ya en el año 1936, cuando todavía las noticias no eran tan difundidas ni muy certeras, colaboró en la elaboración de un libro intitulado "Voces holandesas sobre el trato de los hebreos en Alemania", en el que escribió: "Aquello que se hace ahora en contra de los hebreos es un acto de cobardía. Los enemigos y los adversarios de aquel pueblo son verdaderamente mezquinos si creen que deben actuar así, de manera inhumana, y si con eso piensan manifestar o aumentar la fuerza del pueblo alemán; eso es sólo una ilusión de la debilidad". En Alemania reaccionaron definiéndolo como "Un profesor maligno". Pero Brandsma, conociendo su responsabilidad de educador, no desistió. En el año escolástico 1938-1939 ya ofrecía a sus estudiantes los cursos sobre "funestas tendencias" del nacionalsocialismo, en los que enfrentaba todas las tesis coyunturales: valor y dignidad de cada persona humana sana o enferma; igualdad y bondad de cada raza; valor indestructible y primario de las leyes naturales, respeto a cada ideología; presencia y guía de Dios en la historia humana contra cada mesianismo político y cada idolatría del poder. Y sabía que entre sus oyentes también había espías del partido. En el año 1941, explotó en Holanda la cuestión de la publicación en los diarios católicos de los anuncios del "Movimiento Nacionalsocialista Holandés". La circular de P. Tito, en esa época capellán eclesiástico de los titulares de los diarios católicos, no se hizo esperar: "En las

direcciones y redacciones sabemos que se deben rechazar formalmente tales comunicados, si quieren conservar el carácter católico de sus diarios; y esto, aunque algún rechazo lleve al diario a ser amenazado, a ser multado, a ser suspendido temporalmente o incluso definitivamente. No hay nada que hacer. Con esto hemos llegado al límite. En el caso contrario, ya no deberán considerarse católicos... y no deberán ni podrán contar con sus lectores y abonados católicos, y tendrán que terminar en el deshonor".

Algunos meses después, el Prof. Brandsma fue arrestado y deportado al campo de Dachau, donde fue sometido a todo tipo de torturas y extorsión. Y cuando fue necesario recuperarse en la sección hospitalaria del campo, su suerte estaba echada. **Lo que sucedió lo sabemos hoy por un testimonio excepcional: justo el de la persona que lo mató y que luego se convirtió porque el recuerdo del P. Tito nunca la abandonó.**

Ejercía como enfermera, pero obedecía, por miedo, las órdenes inhumanas del oficial médico. Fue ella quien contó que el P. Tito "a su llegada a la enfermería estaba ya en la lista de los muertos".

Fue ella quien contó sobre los experimentos que se hacían con los enfermos, y también con el P. Tito, y de cómo le quedaron grabadas, sin que ella lo quisiera, las palabras con las que él soportaba los maltratos: **"Padre, que no se haga mi voluntad, sino la tuya".**

Fue ella quien narró cómo todos los enfermos la odiaban y la insultaban siempre con epítetos cada vez más escandalosos, odio que ella cordialmente devolvía; y cómo se conmovía por aquel sacerdote anciano que, en cambio, la trataba con la delicadeza y el respeto de un padre: "Una vez me tomó la mano y me dijo: '¡Qué pobre joven eres, yo rezaré por ti! Y a ella el prisionero le regaló su pobre corona de rosario, hecha de ramas y de madera, y cuando ésta irritada rechazó aquel objeto que no le servía porque no sabía rezar, el P. Tito le dijo: "No es necesario que digas todas las Ave María, di solamente: **"Ruega por nosotros pecadores"**.

A ella, aquel 25 de julio de 1942, el médico de guardia le dio la inyección de ácido fénico para que se la inyectase en las venas al sacerdote. Era un gesto de rutina, la enfermera lo había hecho ya muchas veces, pero la pobrecita recordará posteriormente "estar mal todo aquel día". La inyección fue suministrada a las dos menos diez, y a las dos el P. Tito había muerto: "Estaba presente cuando expiró... el doctor estaba sentado cerca de la cama con un estetoscopio para salvar las apariencias. Cuando el corazón se detuvo, me dijo: "¡Este puerco está muerto!

De sus carceleros, el P. Tito siempre había dicho: **"También ellos son hijos del buen Dios, y quizás aún queda en ellos algo rescatable..."**

Y Dios le concedió justo este último milagro. El doctor del campo llamaba sarcásticamente a aquella inyección de veneno "inyección de gracia". Y he aquí que, mientras la enfermera se la inyectaba, por la intercesión del P. Tito, se infundía verdaderamente en ella la gracia de Dios.

Y la pobrecita, en el proceso canónico, explicó que **el rostro de aquel anciano sacerdote le había quedado grabado en la memoria para siempre, porque en él había leído algo que ella nunca había conocido. Dijo simplemente: "¡Él tenía compasión de mí!", como Cristo.**